

**“PERDIMOS MUCHO TIEMPO PELEANDO ENTRE
NOSOTROS”:
APROXIMACIONES TEÓRICAS A LA PARTICIPACIÓN DE
BARRAS DE FÚTBOL EN LA REVUELTA SOCIOPOLÍTICA
CHILENA DE 2019-2020**

Ricardo Cuevas Bascuñán¹

Resumen: El presente trabajo parte de la necesidad de investigar y analizar los distintos componentes que han dado forma a la revuelta sociopolítica chilena vigente desde octubre de 2019, la que ha sido señalada como una de las mayores crisis desde la Dictadura Militar (1973-1990) materializada en la ruptura del tejido social entre Estado y Sociedad. En este caso, se abordan las prácticas discursivas de las barras de fútbol y el protagonismo asumido durante determinados momentos de la revuelta, con el fin de realizar aproximaciones teóricas al actuar colectivo transgresor, e intentar sentar las bases y una apertura al tema desde las teorías post estructuralistas y los estudios de las relaciones de poder en la definición y codificación de territorios y las resistencias emergentes que surgen como respuesta a estos procesos, bajo su potencialidad colectiva, política, estética y revolucionaria. Conceptos teóricos como desterritorialización y reterritorialización, aportados por los académicos Gilles Deleuze y Félix Guattari, sirven como caja de herramientas para dar forma al análisis de estas crisis del sistema y su estructura sociopolítica.

¹ Sociólogo (2016), Universidad de Valparaíso, Chile. Miembro del Centro de Estudios Socioculturales del Deporte (CESDE Chile) y autor del libro “Salta la Garra Blanca Descontrolada: Reflexiones sobre las políticas de control de las barras de fútbol chilena” (2020); rcuevasbascunan@gmail.com



Palabras clave: barras de fútbol, violencia, revuelta sociopolítica, Chile, territorio, desterritorialización, resistencia.

Resum: El present treball parteix de la necessitat d'investigar i analitzar els diferents components que han donat forma a la revolta sociopolítica xilena vigent des de l'octubre de 2019, que ha estat assenyalada com una de les majors crisis des de la Dictadura Militar (1973-1990) materialitzada en la ruptura del teixit social entre Estat i Societat. En aquest cas, s'hi aborden les pràctiques discursives de les 'barras' de futbol i el protagonisme pres per aquestes durant determinats moments de la revolta, amb la fi de realitzar aproximacions teòriques a l'acció col·lectiva transgressora i intentar posar les bases i una obertura al tema des de les teories postestructuralistes i els estudis de les relacions de poder en la definició i la codificació de territoris i les resistències emergents que sorgeixen com a resposta a aquests processos, sota la seva potencialitat col·lectiva, política, estètica i revolucionària. Conceptes teòrics com ara desterritorialització y reterritorialització, aportats pels acadèmics Gilles Deleuze i Félix Guattari, serveixen com a caixa d'eines per donar forma a l'anàlisi d'aquestes crisis del sistema i la seva estructura sociopolítica.

Paraules clau: 'barras' de futbol, violència, revolta sociopolítica, Xile, territori, desterritorialització, resistència.

Abstract: This paper starts out of the necessity to research and analyse the several elements shaping the ongoing Chilean socio-political revolt which began in October 2019, which has been pointed out as one of the main political crises in the country since the Military Dictatorship (1973-1990), a crisis embodied in the tearing apart of the country's social tissue and the rise of a sharp division between state and society. We deal with the speech practices of football hooligans (or *barras*) and the protagonist role that these took at some stages of the revolt, with the aim of theoretically approaching



transgressive collective action, setting the foundations for, and opening up the use of, post-structuralist theories and power-relations studies in the definition and codification of territories and the resistance emerging as a response to these processes, all of them considered in their full collective, political, aesthetic and revolutionary potentialities. Theoretical notions such as de-territorialisation and re-territorialisation, contributed by Gilles Deleuze and Felix Guattari, are the toolbox used to shape the analysis of these systemic crises and their socio-political structure.

Keywords: football hooligans (*barras*), violence, socio-political revolt, Chile, territory, de-territorialisation, resistance.

Introducción

Latinoamérica no ha pasado inadvertida durante el siglo XXI, al menos en el ámbito político; al inamovible legado neoliberal dejado por las dictaduras militares de los años 70 y 80 del siglo pasado, hoy emergen diversas y masivas revueltas sociopolíticas en los países donde el sistema económico parecía funcionar de manera incuestionable e intocable. Esto no quiere decir que, durante las dictaduras, los periodos de transición y el inicio de los periodos democráticos, no acontecieran eventos de características similares, los hubo y con distintos alcances, sin embargo, resultaban ser rápidamente agenciados por parte del poder político institucionalizado. Es necesario considerar que los movimientos sociales durante esas décadas sufrieron diversas crisis en sus militancias que resultaron en macro-fragmentaciones e, incluso, en la atomización.

La emergencia de los nuevos movimientos sociales (NMS), como se conoce a aquellas agrupaciones políticas que se configuran y asocian ya no con respecto a una clase social determinada, sino en función de la denuncia, demanda y la disputa de poder en cuanto a coyunturas específicas y/o particulares. Sin embargo, el paradigma de los NMS ha resultado ser insuficiente al momento de intentar comprender a dichas colectividades de



personas que se organizan, de manera más o menos militante, pero que carecen de un objetivo político (al menos no manifiesto), en su génesis, y que, no obstante, convergen en instancias y campos de disputa de poderes, redireccionando a sus integrantes, desde su voluntariedad, en la conformación de un movimiento mayor. Acontece, entonces, un aparente retorno al gran movimiento social, pero con características materiales y simbólicas diferentes y que requieren ser estudiadas en niveles micropolíticos.

Es en este marco de agitación política que en Chile comienza el día 18 de octubre de 2019, evidenciamos la participación de sujetos colectivos como las barras de fútbol, organizaciones hinchas y aficionadas/os seguidores de clubes de fútbol (profesionales, principalmente) que aglomeran a grandes cantidades de adherentes. Rápidamente, por su performance espectacular y sus prácticas transgresoras logran posicionarse como una de las colectividades protagónicas dentro del conflicto sociopolítico. Aun cuando la presencia de barristas en acciones de protesta social o de intervención política no son tan aisladas como parecen (Cuevas Bascuñán, 2020), para la actual coyuntura es menester que se investigue en su especificidad y particularidad.

En primera instancia, y a modo de contextualización, se describirán algunos de los sucesos más relevantes que gatillaron el *estallido social* y la posterior revuelta, la que permanece activa de manera intermitente hasta la actualidad (2019-2021) en algunas de las ciudades con mayor población del país. Luego, se realizará una reflexión en cuanto al “sujeto-barrista”, a fin de acercarnos a cómo ha sido entendido académica y socialmente en sus prácticas discursivas desde fines de los años 80 y que lo posicionan hoy como un agente social, tanto en su caracterización criminalizada como en su potencialidad rebelde/revolucionaria. Posteriormente, será abordado el espacio social conocido como espacio público desde su configuración como un territorio que da cuenta de un estado de cosas con un sistema de códigos definido y establecido y la forma en que la revuelta sociopolítica chilena interviene su codificación. Es en este punto, que la teoría deleuzeano-



guattariana nos conducirá hacia una reflexión de las prácticas que posibilitan la transformación del espacio público, a través de los procesos de desterritorialización y reterritorialización.

Consecutivamente, se analizará la manera en que las barras de fútbol influyen en la reconfiguración del espacio público, su presencia en él y las prácticas sociales y culturales que dan cuenta de la transición a la transformación estructural de la sociedad desde niveles micropolíticos. Finalmente, se expondrán las principales conclusiones referidas a la coyuntura investigada, dando cuenta de los aspectos más relevantes en cuanto a las relaciones de poder abordadas, sus implicancias y la apertura hacia una discusión más profunda sobre temas adyacentes específicos, como es la legitimación del uso de la violencia en procesos de cambio social y/o revolucionarios en el siglo XXI.

Cronología de la revuelta sociopolítica chilena

Comenzado la tercera semana de octubre del año 2019, y como respuesta a las burlescas declaraciones de algunas autoridades nacionales² ante las importantes alzas que comenzaban a implementarse en el país, grupos de secundarios capitalinos (Santiago de Chile) comienzan a encender la mecha de lo que terminaría por devenir en una enorme movilización social a nivel país. Tras varios días de evasión al sistema de transporte subterráneo (metro tren), se realizó el viernes 17 una gran marcha en la ciudad capital para manifestar el descontento ante el manejo político llevado a cabo por el presidente y sus ministros sobre la situación, por su incapacidad de empatía ante las constantes alzas y, sobre todo, por las

² El Ministro de Economía (Juan Andrés Fontaine) hizo un llamado a la población (de Santiago) a levantarse más temprano para aprovechar una tarifa rebajada del sistema de transporte urbano subterráneo (Metro), emulando el llamado que había realizado previamente el Ministro del Trabajo quien hizo un llamado similar para evitar “tacos” en el tránsito vehicular; otro ministro que realizó frases desafortunadas, fue el de Hacienda (Felipe Larraín), quien se refirió a la caída en el precio de las flores al momento en que se le preguntaba sobre los impactos del IPC por la guerra comercial entre China y EE.UU.; también, se suma el Ministro de Vivienda (Nicolás Monckeberg), quien se refirió a que la mayoría de los chilenos tenían su casa y 2 departamentos, durante una entrevista radial.

medidas represivas adoptadas como respuesta ante la manifestación social materializada en las principales avenidas de Santiago Al día siguiente, solidarizando con las demandas surgidas durante la semana y condenando el actuar represivo del gobierno de Sebastián Piñera, se congregan miles de personas en las ciudades más pobladas del país en manifestaciones que decantaron en varios saqueos a las cadenas de supermercados más grandes y que concluyeron con (dudosos, y que se mantiene como materia de investigación por parte del Poder Judicial) incendios de dichos recintos, lo que tuvo como respuesta una represión inmediata por parte de las fuerzas de orden (Carabineros de Chile). Sin embargo, el gobierno, no quedando tranquilo y queriendo dar contención a un descontento social en alza, hizo una declaración de guerra³ y un llamado a sus Fuerzas Armadas (Ejército y Armada) a salir a tomar el control de las calles, decretando a su vez un toque de queda que se prolongaría por 6 días.

La revuelta sociopolítica, denominada por la prensa local como “estallido social”, logró la adhesión de una mayor cantidad de población a medida que transcurrían los días, avanzando hacia la consolidación de un gran movimiento social que logró levantar como bandera de lucha la idea de una nueva Constitución política. El campo político institucional, representado en los partidos políticos y sus respectivos conglomerados, miraron atónitos lo que acontecía ante sus ojos, donde un movimiento que no levantó ninguna de sus respectivas banderas ni emblemas, se fortalecía y crecía en masa y en sus expresiones, desde la congregación de más de un millón de personas (solo en Santiago) en una marcha, hasta la fuerte resistencia a la violencia represiva de las fuerzas policiales, quienes hasta la fecha han asesinado a más de 20 personas (cifras del gobierno) y han acumulado 2.300 denuncias por violaciones a los derechos humanos (violación sexual, agresiones sexuales y menoscabo de la integridad física,

³ El presidente Sebastián Piñera utiliza en cadena nacional, el día 21 de octubre de 2019, la frase “estamos en guerra”, para referirse a los acontecimientos relacionados con la revuelta sociopolítica luego de la tercera noche de toque de queda.

además de detenciones arbitrarias con torturas), según da cuenta el Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH).

El jueves 14 de octubre, la clase política se reúne (no en su totalidad) para intentar dar una respuesta a la población que pudiese satisfacer las demandas instaladas en la agenda pública, ante la evidente incompetencia del presidente en su ejercicio, quien con cada una de sus intervenciones solo logró un mayor grado de movilización. De esta manera, luego de una maratónica jornada los partidos del oficialismo y algunos de la oposición (conglomerados Nueva Mayoría y Frente Amplio, sin la participación del Partido Comunista ni parlamentarios descolgados de sus colectividades), firman un gran acuerdo, llamado “Acuerdo Por la Paz Social y la Nueva Constitución”, que ratifica la intención del parlamento por consolidar un proceso que avance hacia la elaboración de una nueva carta magna, definiendo, en primera instancia y a través de un plebiscito, si la población quería un cambio constitucional, y en segunda, bajo qué forma, si mediante Asamblea Constituyente (nombrada en el documento como Convención Constitucional) o Convención Mixta Constitucional (participación de parlamentarios en ejercicio y un porcentaje de designados por votación popular).

A la revuelta se sumó la llegada de la pandemia mundial conocida como COVID-19, lo que influyó para la movilización en dos ámbitos: pérdida de masividad a causa de nuevas medidas de restricción de movilidad y la necesidad de acrecentar la crisis hasta la consolidación del cambio estructural que terminara con el sistema neoliberal imperante. Esta situación impulsó a que ciertas colectividades y organizaciones políticas (en su mayoría clandestinas e informales, aquellas que se desligaron del proceso plebiscitario) asumiesen mayor protagonismo y una actitud más transgresora. Como mencionábamos anteriormente, aun cuando no ha sido posible adjudicar el movimiento a una corriente ideológica clara, así como tampoco se han levantado banderas de partidos ni conglomerados políticos. Pero sí se han levantado otras banderas, banderas que durante los últimos 30 años parecía imposible verlas ondeando juntas, al mismo son y con la misma



pasión con la que cada fin de semana previo parecían dar cuenta de una enemistad y antagonismo difícil de conciliar. Nos referimos a las barras de los clubes de fútbol.

Entre las principales barras, de las que mantenían enemistades declaradas y nunca se hubiese esperado una unión, destacan la Garra Blanca (Colo-Colo) y Los de Abajo (Universidad de Chile), o Los Panzers (Santiago Wanderers de Valparaíso) y Los del Cerro (Everton de Viña del Mar), quienes han marcado la pauta en las principales convocatorias realizadas, tanto en la capital chilena, como en la costa de la V Región del país. Su participación no solo ha tomado notoriedad por el colorido de sus banderas y de los humos lanzados, ni tampoco por el estruendo de sus fuegos de artificio, sino también por su presencia en lo que ha sido denominado como la “primera línea”, es decir, quienes se posicionan bajo una táctica defensiva adelante del bloque que ataca y responde ante la represión de las fuerzas de orden público del Estado.

El barrista, un sujeto social resistido

“No vengán a hablar de unión de barras si se agarran a balazos por ser de equipos contrarios, o golpean y apuñalan a hinchas. Aquí hay una hipocresía muy grande” (Jeria, 2019), con esta frase, el periodista deportivo Juan Cristóbal Guarello se refería a la participación de las barras de fútbol en las masivas protestas desarrolladas en Chile desde que comenzó el “estallido social” de octubre de 2019. Su crítica no ha sido la única, son varias las personas que han quedado atónitos ante la nueva alianza social gestada al interior del movimiento social chileno, especialmente por ser considerados actores sociales antagónicos con diferencias (como habían enunciado ellos mismos durante décadas) irreconciliables, aunque su esencia, su espíritu (“ser barra”) era bastante similar.

Cuesta entender al barrista del fútbol como un sujeto político, o, mejor dicho, como un sujeto válido dentro del campo político, principalmente por estar siendo constantemente vinculado a hechos violentos, delictuales, transgresores. De hecho, no solo ha sido la prensa deportiva la que ha advertido dicha situación, sino también el periodismo



policial ha tomado carta dentro de la cobertura de los hechos a los que se les relaciona constantemente, como agresiones físicas y psicológicas, tanto a otros barristas como a agentes del Estado, e incluso homicidios. Y no han sido solo los noticieros de casi la totalidad de los canales abiertos y privados, quienes han dado cobertura y se han encargado de difundir, obviamente con cada juicio moral, cada una de las reprochables acciones que llevan a cabo las barras; sino también, ha sido parte importante de algunas agendas de gobierno desde el fin de la Dictadura Militar (1990 en adelante). De esta manera es que, durante el primer mandato de Sebastián Piñera, surgió el Plan Estadio Seguro, orgánica estatal que buscaba dar atajo a la actividad *barrística*, de igual forma como lo hizo el Informe Taylor en Inglaterra para contener el fenómeno *hooligan*, criminalizando todo tipo de asociación y actividad realizada no solo dentro de los estadios, sino también en sus entornos e incluso en barrios y poblaciones de otras ciudades a donde se desarrollan los espectáculos deportivos.

El barrista, por tanto, ha sido categorizado como el *paria* de la actualidad, entendiendo este concepto como lo define Hannah Arendt “lo que caracteriza al paria es su exclusión, su condición de expulsado o de marginado del mundo, por lo que es inhabilitado para el ejercicio de la política” (Straehle, 2017, pág. 364), y extendiéndolo fuera de los límites del campo deportivo hacia el campo de lo social, donde se le es negado su ejercicio político. No es menor, que, desde el primer gobierno de Sebastián Piñera hasta la fecha (hoy cumpliendo inestablemente su segundo mandato, no consecutivo), el barrismo haya sido homologado incluso con el terrorismo, como prácticas que buscan la desestabilización del orden social establecido y que vulnera los derechos humanos de las personas, con la salvedad de que el terrorismo tiene un fin político.

Y sí, el terror ha sido una expresión que durante gran parte de la existencia del barrismo ha sido característica primordial de ciertas barras (o facciones de éstas), de hecho, muchas hablan de *sembrar el terror* cuando se refieren a su recorrido por las calles de trayecto a los estadios, práctica referida principalmente a la intimidación del otro, ya sea el otro-barrista, el



otro-policial o el otro-común, donde “la esfera del terror estaría entonces caracterizada por la experiencia física del miedo tal y como se manifiesta en el cuerpo que tiembla” (Cavarero, 2009, pág. 19). El concepto de terror, por tanto, sirve a la barra como una herramienta, como un medio para conseguir una respuesta de parte de otro que implique la verticalización en la relación y la consolidación de un estado de dominación, es decir, sirve para capitalizar y monopolizar poder en determinados campos de interacción social. Esta imagen de sujeto terrorífico, asociado al barrista, ha sido construido de manera sistemática especialmente desde las décadas de los ’90 del siglo XX y la primera del siglo XXI, y ha sido aprovechado no solo por ellos mismos, sino también por otro tipo de agentes (ligados y no ligados al mundo del fútbol), como verdaderas fuerzas paramilitares para la presión, amedrentamiento y agresión de personas y/o colectivos⁴.

Durante la última década, sin embargo, las barras de fútbol más grandes (en cantidad de adeptos), han intentado desligarse de esta imagen y avanzar en la construcción del barrista como sujeto político legítimo dentro del campo social chileno. Dicho giro comenzó a gestarse gracias a la expulsión de determinados líderes de barra, que promovían e instauraban fuertemente el *apoliticismo*⁵ en el colectivo, negando y prohibiendo incluso la expresión sociopolítica del descontento social en los espacios que ocupan

⁴ No han sido pocas las investigaciones periodísticas que han logrado establecer vínculos concretos entre determinados barristas y personeros políticos (para su uso como “brigadistas” en campañas políticas), con agentes de seguridad privada (como el caso de Christian Reyne, ex jefe de seguridad de Blanco&Negro, y su vínculo con Francisco “Pancho Malo” Muñoz, ex líder de la Garra Blanca), y por dirigentes deportivos (para la intimidación de contendores en periodos de elecciones en los clubes). En Argentina, ha ocurrido un proceso bastante similar, la académica Verónica Moreira (2013) ha logrado dar cuenta de aquello, con el “uso” de las *hinchadas* o *barras*.

⁵ En la Garra Blanca (Colo-Colo), Los de Abajo (U. de Chile) y Los Cruzados (U. Católica), existieron líderes que se encargaron de invisibilizar y prohibir las expresiones políticas en las barras, que, coincidentemente, pertenecían además a la Fundación Pinochet. Dicha fundación, se encargaba de mantener el legado del dictador Augusto Pinochet en la sociedad, siendo una de sus máximas principales la del apoliticismo (frecuentemente durante el periodo que cooptó el poder político institucional, se refería de manera despectiva tanto a la política, como a quienes se encargaban de su ejercicio).

dentro de los estadios. Los barristas comienzan a reconocerse como pobladores, alienados, oprimidos, excluidos, silenciados, reabriendo⁶ el sector ocupado en cada estadio como espacios de poder, es decir, se construye una nueva identidad sobre a partir de una recodificación del territorio. Tampoco desconocen o se desentienden de sus prácticas, en especial de aquellas definidas como violentas, se hacen cargo y las justifican en la medida que las consideran como prácticas de resistencia social, política y cultural frente a un sistema sociopolítico y económico antagónico.

El poder surge allí donde las personas se juntan y actúan concertadamente, pero deriva su legitimidad de la reunión inicial más que de cualquier acción que pueda seguir a ésta. La legitimidad, cuando se ve desafiada, se basa en una apelación al pasado mientras que la justificación se refiere a un fin que se encuentra en el futuro (Arendt, 2006, pág. 71).

No obstante, el proceso de cambio a la interna de las barras se ha convertido en un problema mayor para los distintos agentes del Estado (autoridades políticas y fuerzas del orden público), el que ha alcanzado su cúspide gracias a la revuelta que comenzó durante el mes de octubre de 2019 y que ya cumplió su primer mes de actividad. Las principales barras han aparecido en gloria y majestad en las multitudinarias marchas, caminando y combatiendo contra las fuerzas policiales codo a codo, adoptando una actitud protagónica en la masividad y en la protección de manifestantes, gracias a su organización y conocimiento táctico de *guerrilla urbana*. De esta manera, han logrado posicionarse en las denominadas “primeras líneas” de combate, al frente del movimiento social en la disputa por el control del espacio público.

⁶ La investigación realizada por Marién Cifuentes y Juan Carlos Molina (2000), nos permiten entender el fenómeno barrístico como la gestación de un proceso de transgresión social con efectos y prácticas políticas.

“La calle”, el territorio de la revuelta

Una de las frases que más ha sido difundida a través de las redes social para mantener en vigor la revuelta, incluso post plebiscito por una nueva Constitución, es “no soltar la calle”, lo que representaría “no abandonar la zona de batalla”. Y ese campo de lucha se ha materializado precisamente en las principales avenidas y calles de las grandes ciudades del país, donde manifestantes se enfrentan con cierta periodicidad a las fuerzas de orden público del Estado chileno por el control, precisamente, del espacio.

El territorio de la revuelta social, se ha levantado espacio amorfo, heterogéneo, des-estructurado y des-jerarquizado. Su configuración ha operado en función de la negación de la misma, no se ha cerrado en un concepto (como quizás durante las grandes convocatorias sí lo hizo en torno a la idea de “asamblea constitucional” o “nueva Constitución”) y ha visto levantarse miles de caras, carteles, grafitis, banderas y cánticos de las más diversas índoles y trincheras (feminista, indígena, medioambiental, sanitaria, educacional, fondos previsionales, etc.). Es por esto, que quizás el concepto que mejor define el escenario actual es el de “revuelta”, ya que no es un concepto que permita cerrar en un estado una situación, la mantiene indisoluble, abstracta, indeterminada en su temporalidad y en su intensidad. La revuelta define como territorio en crisis al espacio público, como campo de poder.

El Estado, cuyo deber ético y normativo es asegurar la “seguridad” social, dispone de constantes operativos a través de sus aparatos coercitivos y represivos para cumplir con tal mandato. Es el concepto de seguridad, como bien lo señalaba Michel Foucault (2006), uno de los principales componentes para consolidar la soberanía que ejerce el Estado sobre una población. La afectación a la seguridad que establece el Estado implica, por lo tanto, una afectación de su dominio del territorio, y el territorio no siendo otra cosa que “el dominio del tener” (Deleuze, 1989).

Resulta clave, además, para dar cuenta de la magnitud que ha significado, tanto para el Estado como para la sociedad chilena, comprender



la relación entre estos conceptos: territorio, seguridad, soberanía. De esta forma, no aparece como un acontecimiento antojadizo, espontáneo, ni de pánico la acción del poder ejecutivo del Estado de señalar que se estaba en guerra, puesto que el ejercicio de su soberanía estaba siendo vulnerado, especialmente en la Capital chilena. Es menester que retornemos a Foucault y luego avanzar a Gilles Deleuze en este punto en particular, por la importancia y relevancia que tiene la “conquista” de la capital (Santiago de Chile) para la revuelta. Y es que la capital, en el ideal utópico del Estado, “debe dar el ejemplo de las buenas costumbres (...) la capital debe ser el ámbito del lujo a fin de constituir un foco de atracción para las mercancías que llegan del extranjero” (Foucault, 2006, pág. 31), y como tal, se constituye en el primer territorio soberano del Estado, su territorialización más inmediata y primordial.

Pero la capital ha caído, o al menos trastabillado, en cuanto al control absoluto, al dominio soberano del Estado, siendo su seguridad vulnerada a tal nivel que implicó una desterritorialización incluso nominal (como máximo ejercicio de des y reconfiguración en cuanto a enunciación) de su centro urbano. Lo que se conocía como Plaza Italia, o como Plaza del General Baquedano, comenzó a llamarse (al menos de manera popular, no oficial ni reconocida por la institucionalidad) como *Plaza de la Dignidad*, por ejemplo. Cambio conceptual que da cuenta de una decodificación que Deleuze llama “desterritorialización”, siendo parte de los procesos posibles en cuanto hay flujos y tensiones desde poderes, en cuanto a que “no hay territorio sin un vector de salida del territorio, y no hay salida del territorio, desterritorialización, sin que al mismo tiempo se dé un esfuerzo para reterritorializarse en otro lugar, en otra cosa” (Deleuze, 1989).

Resulta difícil comprender, al menos como estrategia táctica de combate, el control del espacio público sin la resignificación a partir de un nuevo sistema de enunciados (de códigos, de signos y símbolos), para lograr la consolidación de un nuevo estado de cosas, de una nueva forma de territorialidad. La gran cantidad de multiplicidades que han fluido desde el inicio de la revuelta, dan cuenta de los procesos desterritorializantes que

fueron necesarios para lograr el quiebre en el sistema de control del Estado sobre el espacio público.

En la primera línea, las caras de la revuelta

A medida que avanzaba y crecía la revuelta sociopolítica chilena, distintos grupos comenzaron a organizarse dentro de los espacios de protesta a nivel país. Dichos grupos, elaboraron un esquema táctico de resistencia ante el permanente asedio del dispositivo policial represivo (no así contra el dispositivo militar, por su alto componente armamentístico) que les permitió asegurar la permanencia de protestantes en las principales calles y avenidas. El esquema consistió en replicar la manera más primitiva de acción defensiva-ofensiva militar, esto es: primera línea de *escuderos*, que permitan la protección y avance del colectivo; segunda línea de *artilleros*, donde se ubican las personas que lanzan proyectiles a las fuerzas de orden; tercera línea, como eje de contención y apagado de proyectiles lacrimógenos arrojados por las policías; cuarta línea, dedicada a la asistencia médica y rescate de heridos; y finalmente, la quinta línea, donde se posicionan los proveedores de insumos médicos, distractores (emulando a las tácticas desarrolladas como resistencia en Hong Kong, se hizo común el uso de punteros láser de alto alcance para apuntar y cegar momentáneamente a los policías), motivadores y protestantes en general.

En las primeras marchas y protestas, se podía observar la presencia de muchos activistas con camisetas de fútbol y una que otra bandera alusiva a algún club, pero solo a niveles microorganización, en lo que se conoce como *piños*⁷. No fue sino hasta la segunda semana de movilización que las barras de fútbol, a través de sus redes sociales, comenzaron a publicar llamados a participar como bloques dentro de las protestas, siendo en la

⁷ Como se les designa a las facciones que componen una barra de fútbol y que suelen ser representativos de: regiones, ciudades, comunas, poblaciones o, simplemente, de gustos específicos (relacionados con el consumo de cannabis y/o de alcohol, bandas de rock, de cumbia, o apologías a la violencia).

“marcha más grande de la historia”⁸ realizada en Santiago, donde dicha participación logró mayor notoriedad. Es en ese entonces, cuando emergen numerosas banderas de todos los tamaños, camisetas de varios clubes, pero, sobre todo, el impacto generado por los estruendosos y coloridos fuegos de artificio lanzados desde un costado del monumento de la *Plaza de la Dignidad*, visibilizaron el actuar colaborativo entre, principalmente, las 2 barras de fútbol más grandes del país, la Garra Blanca y Los de Abajo. Estas barras, que hasta ese entonces aún se declaraban la guerra entre sí, pusieron de lado sus rivalidades y lograron colaborar y aportar al desarrollo de un gran espectáculo, gracias (a lo que ellas mismas señalaron posteriormente a través de sus redes sociales) la *consciencia de clase* de cada uno de sus integrantes.

Este último punto no es menor, ya que nos permite entender que la configuración del sujeto-barrista se encuentra abandonando en gran parte el apoliticismo que lo identificó durante décadas, asumiendo un rol protagónico en la defensa de la clase a la que se adscriben, la trabajadora, la obrera, la proletaria, la dominada y excluida del campo político institucional. Esto no es un acontecimiento exclusivo del proceso reivindicativo, sino que se encuentra arraigado en la esencia misma del campo deportivo, entendiendo el concepto de campo de forma bourdesiana, es decir, como un espacio donde acontece el poder, y como tal, desde donde se puede hacer política. Es más, ni siquiera se remite solo al contexto chileno, como bien señala la académica argentina, Verónica Moreira, quien señala que

la politización del fútbol alude, precisamente, a pensar en el funcionamiento de un espacio que está signado por una lógica doble —interna y externa—: de luchas y discusiones entre dirigentes y socios interesados en la política, y de una conexión necesaria entre las prácticas y las representaciones de ellos y las demandas de los hinchas (2013, pág. 67).

⁸ Marcha realizada el 25 de octubre y que congregó a más de 1 millón de personas, según las cifras oficiales entregadas por el gobierno.

El proceso de concientización del barrista da cuenta de una evolución hacia la sensibilización sobre la violencia sistémica (Žižek, 2009) propia del contexto en que se insertan, es decir, hacia la violencia propia del neoliberalismo, especialmente en la acción/no-acción del Estado. En el sistema neoliberal, el Estado tiene un doble actuar, que precisamente se posiciona en el uso y monopolio de distintas violencias; es así, como de esta forma el Estado, protegido por el Derecho amparado en la Constitución política que lo consagra, monopoliza el uso de la fuerza y también lo delega, permitiendo su ejercicio transitorio, acotado y simbólico, por parte de agentes privados (no estatales). Y ha sido precisamente este último punto, el factor más clave para poder entender la politización del campo deportivo, o más específicamente, la del campo futbolístico. No fue sino hasta comienzos del siglo XXI donde el neoliberalismo, a través de su forma de gobierno corporativo (privado con fines públicos) por fin pudo hacerse el fútbol, luego de que durante la década de los '90 del siglo pasado se concretizara la campaña por la privatización de la televisación de los encuentros deportivos, tuvo su afianzamiento con la entrada en vigor de las Sociedades Anónimas Deportivas Profesionales (S.A.D.P.), tras la quiebra⁹ decretada por tribunales de justicia a los clubes más importantes (en cuanto a historia deportiva y cantidad de seguidores) del país. Fue el mismo actual presidente del país, Sebastián Piñera, quien formó parte y presidió durante un tiempo del directorio de Blanco&Negro S.A., designando a quien posteriormente sería su Ministro de Deportes, Gabriel Ruiz-Tagle¹⁰, y

⁹ Resulta necesario acotar que dichos procesos no estuvieron exentos de polémicas, ya que los clubes deportivos (organizaciones consideradas como comunitarias, con fines no lucrativos sino formativos), fueron tratados por los entes jurídicos como empresas privadas, congelando sus corporaciones (directivas y padrón de socias/os) y sus activos económicos. Cada S.A.D.P. entró con su propio contrato de concesión (con fechas de duración entre 20 y 30 años) a ejercer el control de la actividad económica vinculada a los clubes: compra de jugadores, pago de arriendos y de honorarios, entre otros.

¹⁰ Político y empresario sancionado por la legislación chilena por su participación en el caso de “Colusión del Confort”, y recientemente sancionado por la Comisión de Mercado Financiero (CMF) por transar acciones conociendo el estado financiero de Blanco&Negro S.A., sin que éste fuera público.

consolidaría al Plan Estadio Seguro como una política de Estado que atacaría el actuar violento de las barras de fútbol.

Retomando la idea anterior, podemos aprender del momento histórico (como proceso) en que comienza a gestarse el *nuevo trato* hacia el barrista, o sea, del proceso de subjetivación que apunta a una recodificación tanto del sujeto como de las prácticas que le serían permitidas en la medida que transite por el espacio delimitado al estadio de fútbol. La privatización del estadio de fútbol implica que no se pueda habitar, que no se pueda territorializar, y en tanto que no es territorio, no puede ser usado para la construcción material y simbólica de sujetos, es decir, para la producción de subjetividades. La ritualidad propia de las barras, en tanto, queda en el marco de la excepcionalidad, es decir, no se prohíbe directamente, sino que se deja a criterio de cada organizador de eventos deportivos (las S.A.D.P.), lo que provocó un quiebre en las relaciones entre dirigentes deportivos y barristas (las que sí quedaron prohibidas por la nueva normativa, ampliándose incluso a deportistas). El barrista, por tanto, debía ser excluido del fútbol, para ser reemplazado por un nuevo tipo de sujeto, el espectador-consumidor; esta situación tuvo una fuerte respuesta de parte de las barras, las que en primera instancia se deshicieron de sus líderes y configuraron nuevas formas organizativas, basadas en la horizontalidad, la autogestión y la transgresión¹¹. Ya sin líderes “apatronados”, sin coerción por parte de dirigentes y con un enemigo cambiante en su forma y tamaño, las barras comenzaron su propio proceso de revuelta, tal como lo señala la filósofa estadounidense, Hannah Arendt, “donde el poder se ha desintegrado, las revoluciones se tornan posibles” (2006, pág. 67) y es en “ese desplazamiento que retoma las prácticas futbolísticas pero las coloca en nuevos contextos para producir nuevas significaciones, aparecen las únicas posibilidades para una sociedad civil debilitada y periférica de construir nuevos relatos de identidad” (Alabarces, 2006, pág. 14).

¹¹ Los casos más emblemáticos se pueden encontrar en la Garra Blanca y en Los de Abajo, a principios de la segunda década del siglo XXI.

Volviendo una vez más a lo dicho por Cristóbal Guarello, resulta, por un lado, un tanto pretencioso el decir que las barras no tienen lugar en la revuelta sociopolítica que detonó en octubre de 2019, siendo que ellas mismas han sido una de las principales afectadas por las políticas y prácticas neoliberales de los gobiernos corporativos que han administrado el Estado, y obviamente participarían del proceso aunque muchos apunten a una *higienización* política de éste, determinando quienes son y quienes no son actores válidos; y por otro, y evidenciando el mismo desempeño táctico y práctico llevado a cabo por las barras en las protestas, han logrado posicionarse como uno de los motores del movimiento, que le permite mantener visibilidad y la posibilidad de ocupar las calles y espacios públicos de forma efectiva y resguardada de la represión policial. El *espíritu transgresor*, inherente a este nuevo barrista, ha logrado una singular sincronía con otros colectivos que suelen ocupar las primeras líneas de combate en cada protesta, y, por cierto, ha servido también para asignarles, desde la negatividad moral de los medios de prensa oficial hacia la protesta y la revuelta, la calificación de anti-sistémico, en algunos casos, o de lumpen (ya no proletario, sino a secas), en otros.

Para entender de mejor forma esto, debemos tomar en consideración dos menciones que realiza Arendt, sobre la violencia y los procesos revolucionarios: “Desde comienzos de siglo, los teóricos de la revolución nos han dicho que las posibilidades de la revolución han disminuido significativamente en proporción a la creciente capacidad destructiva de las armas a disposición exclusiva de los Gobiernos” (2006, pág. 65); “La rebelión popular contra gobernantes materialmente fuertes puede engendrar un poder casi irresistible incluso si renuncia al uso de la violencia frente a fuerzas muy superiores en medios materiales” (2005, pág. 223). De estas citas, podemos aproximarnos a entender que las prácticas de resistencia de las barras son disposiciones estratégicas que responden a un esquema táctico revolucionario, es decir, corresponden a la episteme del sujeto revolucionario actuando desde el campo deportivo de manera transversal, ocupando sus armas (siendo el propio cuerpo, la principal) contra un estado dominante hegemónico, “la crisis, la nación, un destino comunitario, no se

resuelven en el estadio. Ni mucho menos en la televisión. Pero sí, posiblemente, en las calles” (Alabarces, 2006, pág. 16).

La resistencia, por tanto, si implica el uso de las violencias, ya que “la violencia es, por naturaleza, instrumental; como todos los medios siempre precisan de una guía y una justificación hasta lograr el fin que persigue. Y lo que necesita justificación por algo, no puede ser la esencia de nada” (Arendt, 2006, pág. 70). La revolución será violenta en la medida que, no solo ponga en entredicho una política gubernamental, sino que remueva las bases mismas del Estado de Derecho establecido, como violencia fundadora y a la vez violencia conservadora (Reyes Mate, 1998). Violencia fundadora, en la medida que destruye y construye un orden establecido, y conservadora, en cuanto a las formas que adopta para la consolidación del nuevo orden.

La violencia revolucionaria, por tanto, tiene como objetivo la constitución de una nueva forma de estado (aunque no corresponda a la figura del Estado Moderno o alguno de sus antecesores, por eso lo escribimos con minúscula), una que inherentemente tendrá como base estructural la violencia que le fundó, que “inevitablemente sobrevivirá a las revoluciones y permanecerá enquistada en las estructuras e instituciones de los nuevos Estados en que éstas cristalizasen” (Muguerza, 1998, pág. 35). Retornando a Deleuze, una vez más, podemos entender que el actuar revolucionario es un proceso desterritorializante, en la medida que inicia como una fuga del estado de las cosas establecido, para retornar, penetrar y recodificar un nuevo proceso, un proceso de reterritorialización, donde se reconfiguren los parámetros, límites, formas (relacionales y estéticas) del nuevo territorio.

Conclusiones

A pesar de referirnos a un proceso histórico, social y político que aún se encuentra en marcha, nos ha sido posible identificar ciertos parámetros que nos permiten entender las distintas formas que éste ha adoptado, tanto en su configuración identitaria como de sus prácticas.



La revuelta actual no debiese ser estudiada solo bajo el lente de los antiguos movimientos sociales, o incluso solo el de los nuevos, sino bajo un enfoque sistémico complejo, como un entramado de condiciones, disposiciones, actores sociales, políticos y cultural que se interrelacionan con distintos agentes gubernamentales (no solo de un gobierno en específico, sino de todos aquellos que ejercen la gobernanza sobre los sujetos de una sociedad).

Las barras de fútbol han aparecido y se han posicionado como un actor clave dentro de la revuelta, y ha sido principalmente gracias a su concepción estratégica y táctica, por no decir también moral, del uso de la(s) violencia(s), como parte de un proceso revolucionario sociopolítico mayor. Y es precisamente ahí donde se posiciona el sujeto-barrista, como sujeto resistente y transgresor, como sujeto que se (ha) posiciona(do) en el campo de poder, en el campo político, con el fin de cerrarlo para abrirlo, destruyendo los procesos de subjetivación establecidos para construir subjetividades, identidades, especialmente aquellas que han sido excluidas e invisibilizadas, negadas y prohibidas. Desarticulados los movimientos de resistencia armada, en primera instancia por la Dictadura Militar y posteriormente por los gobiernos democráticos, durante el proceso de revuelta sociopolítico del 2019-2020 no ha sido posible identificar grupos que hayan protagonizado o, incluso, intentado un enfrentamiento de dichas características, tanto contra los dispositivos policiales como contra los dispositivos militares, durante el periodo de Estado de Excepción (y toque de queda), donde solo acontecieron protestas de desobediencia civil y enfrentamientos asimétricos en cuanto a poder de “fuego” por parte de protestantes.

La presencia de los clubes de fútbol, como formas organizativas populares que gozan de una gran masividad, configura un espacio convergente donde se canalice la potencialidad coherente de las fuerzas y voluntades sociopolíticas y culturales que tensionan el espacio social dominado por el Estado, es decir, lo recodifican (desterritorializan) en función del cambio social. Pese a que las barras de fútbol forman parte, ya



sea de manera formal como informal, de los clubes de fútbol, no correspondería situarlos como organizaciones o colectivos con un proyecto político definido como tal, como proyectos independientes y autónomos, sino como agentes de tensión, como dispositivos desterritorializantes que posibilitan el quiebre estructural para una reestructuración sociopolítica. Y esto no es algo menor, porque en las barras de fútbol subyace como motor esa necesidad de recuperar el deporte desde la cultura de masas a la cultura popular, lo que traza un objetivo revolucionario.

La revuelta desterritorializó al Estado chileno, lo despojó de su control, de su soberanía de la escena urbana pública y privada, siendo esto posible gracias al actuar multitudinario y transgresor de determinados agentes sociales, entre los que es posible resaltar el rol de las barras de fútbol. Estos agentes, operaron como dispositivos, como medios decodificantes y de fuga en función de una reconfiguración sociopolítica y cultural. Aun cuando cabe señalar que la *romantización* de sus prácticas bajo discursos revolucionarios tradicionales es un error, sí es necesario considerar que las potencialidades que subyacen en la cultura popular pueden encontrar las fugas al control hegemónico de la cultura de masas y de sus dispositivos de seguridad.

Bibliografía

- Alabarces, P. (2006). Fútbol y Patria: el fútbol y (la invención de) las narrativas nacionales en la Argentina del siglo XX. *Papeles del CEIC*, 1-18. doi:ISSN: 1695-76494
- Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Buenos Aires: Editorial Paidós SAICF.
- Arendt, H. (2006). *Sobre la violencia*. Madrid: Alianza Editorial S.A.



- Cavarero, A. (2009). *Horrorismo: Nombrando la violencia contemporánea*. Barcelona: Anthropos.
- Cifuentes Carbonetto, M., & Molina Carvajal, J. C. (2000). LA GARRA BLANCA. Entre la supervivencia y la transgresión, la otra cara de la participación juvenil. (Santiago de Chile 1995-2000). *Centro de Investigaciones Sociales*(55), 1-114. Recuperado el 3 de enero de 2021, de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Chile/di-uarcis/20120925020842/cifuen.pdf>
- Cuevas Bascuñán, R. (2020). *Salta la Garra Blanca descontrolada: Reflexiones sobre las políticas de control de las barras de fútbol chilenas*. Buenos Aires: CLACSO. doi:ISBN 978-987-722-647-8
- Deleuze, G. (1989). Abecedario de Gilles Deleuze: A como Animal. (C. Parnet, Entrevistador) Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=SlNYVnCUvVg>
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, Territorio, Población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Jeria, D. (8 de noviembre de 2019). REDGOL. Obtenido de Guarello sale al paso: "Las barras no son interlocutores válidos del movimiento social, si se agarran a balazos": <https://redgol.cl/chile/Guarello-sale-al-paso-Las-barras-no-son-interlocutores-validos-del-movimiento-social-si-se-agarran-a-balazos-20191108-0050.html>
- Moreira, V. (2013). Fútbol, violencia y política: redes de relaciones en Argentina. *Revista colombiana de Sociología*, 65-76. doi:ISSN: 2256-5485
- Muguerza, J. (1998). La no-violencia como utopía. En A. Sánchez Vázquez, *El mundo de la violencia* (págs. 31-46). México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes Mate, M. (1998). Por una moratoria en el uso de la violencia "revolucionaria". En A. Sánchez Vázquez, *El mundo de la violencia* (págs. 47-58). México D.F.: Fondo de Cultura Económica.



Straehle, E. (2017). Sobre la barbarie. Reflexiones de Arendt acerca de la "pérdida de mundo". *Bajo palabra*(17), 359-376.
doi:10.15366/bp2017.17.018

Žižek, S. (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.

